

Gerard Mortier

(1943-2014)

Gerard Mortier, el penúltimo director artístico del Teatro Real de Madrid falleció el pasado 8 de marzo de 2014 en Bruselas. Por azares de la vida llegó a ocupar ese cargo en la capital española desde enero de 2010 hasta su fulminante destitución a finales de 2013. En los cuatro años que estuvo al frente (llegó a Madrid unos seis meses antes de ocupar el puesto oficialmente) consiguió agitar, como nadie lo había hecho antes en España, al pequeño mundo operístico.

Cualquiera que haya tenido la oportunidad de conversar con él, coincidirá conmigo en que Mortier fue un apasionado defensor de la ópera como transmisor de valores universales y no un mero entretenimiento. Sus opiniones no dejaban indiferente a sus interlocutores y él parecía disfrutar con el revuelo que algunas de ellas creaban. Su paso por Madrid, como en otros de los lugares en donde ocupó un cargo semejante, estuvo acompañado de luces y sombras en su gestión, sin embargo no podemos obviar que él conseguía su propósito: despertar de la autocomplacencia al espectador, causar polémica y dar notoriedad a un género que parece un enfermo imaginario.

Nació en Gante en 1943, hijo de un panadero y educado en un colegio jesuita de su ciudad, estudió Derecho y Comunicación. Su entusiasmo por la ópera pronto le llevó a iniciar el camino que le conduciría a convertirse en el gestor operístico más destacado de las últimas tres décadas. En la década de 1970 pasó por los teatros de Dusseldorf, Hamburgo y Fráncfort del Meno, pero fue en el Teatro de la Moneda de Bruselas donde, a partir de su nombramiento como director artístico en 1981, se labró el prestigio de renovador-agitador del género operístico, que no le abandonaría hasta su muerte, con el beneplácito de una parte del público y el rechazo de la otra.

El teatro de la capital belga languidecía y con su gestión, rodeado de creadores escénicos innovadores (Ruth Berghaus, Peter Sellars, Robert Wilson y Herbert Wernicke, entre otros) y cantantes jóvenes, logró situarlo en una relevante posición de vanguardia. Su mandato finalizó en 1992. Consolidó esta imagen polémica al frente del Festival de Salzburgo (1992-2001). El en sector más conservador del público asiduo a la cita veraniega le presentó batallas que generaron ríos de tinta



con la consiguiente promoción para el festival. Entre 2002 y 2004 fue el alma de la Trienal del Ruhr, un festival artístico que tiene lugar en varias sedes en naves industriales de varias ciudades situadas en la cuenca del río Ruhr (Alemania). En 2004 se convirtió en director artístico de la Ópera Nacional de París y nuevamente se propuso renovar los títulos. Se mantuvo en ese cargo hasta 2009 (la legislación francesa obliga a la jubilación, aunque estén en pleno éxito, a cargos de esta índole; como ya sucedió antes a Jérôme Savary en la Opéra Comique).

La compañía parisina es uno de los entes más grandes del mundo en cuanto a presupuesto y posibilidades de programación, lo que permitió a Mortier moverse con mucha libertad sin causar excesivo rechazo del público. Apoyó nuevos nombres de la dirección escénica (Krzysztof Warlikowski, Dmitri Tcherniakov, Michael Haneke, Stanislas Nordey) y repitió la fórmula de prescindir, en la medida de lo posible, de cantantes mediáticos. En 2007 se anunció su compromiso con la New York City Opera, a la que llegaría para la temporada 2009-10. Pero las cosas se torcieron y a finales de 2008 el gestor belga dio el portazo a la hoy extinta compañía lírica neoyorquina. Las noticias señalaron la drástica reducción de presupuesto para el funcionamiento de la misma como el motivo del cambio de planes.

Fotos: Javier del Real/Teatro Real de Madrid



Con Charles Wourinen, compositor de *Brokeback Mountain*



Con el director de escena Peter Sellars

Casi inmediatamente Mortier se presentó como candidato, al lado de Nike Wagner, para dirigir el Festival de Bayreuth. Él me comentó, no supe si en broma o en serio, que aquello fue una *boutade* para animar “la guerra” en torno al festival veraniego. Es allí cuando entra el Teatro Real madrileño al ruedo y, a vertiginosa velocidad, le contratan como director artístico a partir de la temporada 2010-11. La controversia, en los medios locales y con una parte del público del teatro, estaba servida y no pararía hasta su muy sonada destitución el pasado mes de octubre de 2013. Mortier no era un hombre fácil, decía lo que pensaba y se iba por la libre en sus opiniones y acciones. Aún así, los ribetes de la historia del despido dejan bastante mal parados a quienes lo contrataron.

Su instinto de total independencia no calibró los peligros de moverse en una cultura que sólo en apariencia es semejante a la centroeuropea, donde él se movía como pez en el agua. No quiso darse cuenta de que necesitaba, al menos hasta adaptarse al terreno, gente de aquí (de España).

Así, vimos cómo fantásticas propuestas como la de *Saint François d'Assise*, título fetiche para él, terminaban en la mediocridad de la que intentaba huir. Para la obra de Messiaen se encaprichó con el edificio llamado la “Caja Mágica”, obra del arquitecto francés Dominique Perrault, en el que suelen tener lugar los partidos de tenis del circuito internacional. Cualquier persona que haya vivido en Madrid sabe que en el mes de julio la temperatura está alrededor de los 40 grados centígrados y que la “Caja Mágica” no tiene aire acondicionado. Este desconocimiento hizo que las representaciones terminaran llevándose a cabo en un

desangelado espacio llamado “Madrid Arena”, a medio camino entre estadio de balonmano y recinto ferial, que no era el idóneo para la puesta en escena de esa obra de carácter tan íntimo. Y lo peor fue que tuvieron que amplificar la voces.

La crisis económica, y sus oídos sordos a este tema, tuvieron como consecuencia la cancelación de una anunciada producción de *Die Zauberflöte* con la Filarmónica de Berlín en el foso. Sin embargo, las cosas positivas inclinaban la balanza a su favor. Impagable el empuje que siempre procuró a la ópera del siglo XX y a la creación contemporánea. En el caso del Teatro Real, la enorme expectación que causó en la prensa internacional los estrenos de las óperas *The Perfect American* y *Brokeback Mountain* lo situó, al menos por unas semanas, entre los centro líricos de vanguardia. Su última aparición pública en Madrid fue precisamente para la rueda de prensa de la ópera de Charles Wourinen, a finales de enero de este año.

Muy demacrado pero combativo, hizo declaraciones fuertes contra la Iglesia católica por la postura de ésta institución con la cuestión homosexual. Gerard Mortier ofreció, en las programaciones vistas en Madrid, una mirada ecléctica, arriesgadas en lo formal y rigurosas en la cuestión musical. En su libro *Dramaturgia de una pasión* están condensadas las premisas con las que insufló, aunque no a todos les gustase, bríos a la ópera.

En el verano de 2013 le fue diagnosticado el cáncer de páncreas que le llevó a la tumba a los 70 años de edad. Descanse en paz. ●

por Federico Figueroa